

LETRAS | NARRATIVA

DISTOPÍA

(HISTORIAS DE VIDA

DE UNA CIUDAD JOVEN)

SUSANA
MARQUINA DUQUE

Distopía

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

SUSANA MARQUINA DUQUE

Distopía

(historias de vida de una ciudad joven)



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricioli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricioli, Rodrigo Jarque Lira,
Gerardo Monroy Serrano, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Secretario Ejecutivo
Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

Distopía (historias de vida de una ciudad joven)

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2022

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

© Susana Marquina Duque

ISBN: 978-607-490-388-1

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/01/11/22

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

De oficio escritora

Cuando Susana Marquina Duque conoció a su entrañable maestro, Carlos Montemayor, el autor de, entre otros, *Guerra en El Paraíso*, decidió ser escritora, contar historias y hacerlo bien.

Esta compilación de narraciones que tiene en sus manos, caro lector, es el intento honesto de la autora de lograr lo que se propuso ante el también autor de *Las armas del alba*, algún día lograrlo.

El consejo de Montemayor (1947-2010) de que es importante rescatar la memoria histórica de los pueblos no encontró oídos sordos. Al contrario, dio aliento a quien ya se había ocupado de los testimonios de mujeres que participaron activamente en la construcción de la gran ciudad que es hoy Nezahualcóyotl y que quedaron plasmados en un libro que, dicho sea de paso, ha sido poco valorado.

En fin, Marquina Duque intenta, en ésta su segunda obra, que como habitantes de complejas y deshumanizadas megalópolis nos veamos al espejo como sociedad e individuos.

Son historias, relatos, de gente sencilla, de lucha, personas de carne y hueso que vieron en la autora un medio confiable para hacerse escuchar, para exponernos realidades que por cotidianas van perdiendo interés. Cuando encuentra la veta literaria y las expresa con contundente claridad, nos descubren sensaciones, experiencias, infiernos y realidades de las que como seres humanos no podemos sentirnos ajenos.

Con un bien cuidado uso de la técnica narrativa, gracias sobre todo a la humildad de aprendiz con la que suele referirse a sí misma como escritora, Susana Marquina nos va llevando, en cada historia, a sentirnos parte de la misma, a compartir guiños, situaciones, sentimientos y hasta geografías de una ciudad que tiene en su gente la mayor riqueza.

En ninguno de los relatos que ofrece esta compilación hay desperdicio, todos se pueden leer como si nos viéramos, repito, al espejo. Y es así porque la autora busca y encuentra el lado humano en las vidas cotidianas de los protagonistas, con sus afanes y sus angustias en una ciudad que es todo menos tranquila y de la cual somos parte.

Por último, debo decir con orgullo que buena parte de esta obra, con una revisión que permitió salvar gazapos involuntarios, se ha publicado en el periódico *Espacios de Cultura* en la columna “Visión Urbana”, lo cual demuestra que algunos géneros periodísticos sí pueden emigrar a la literatura con buena fortuna.

Aprovecho la ocasión para agradecer a Susana Marquina Duque su incondicional amistad y afecto, pero sobre todo su aprecio por las

letras, la gente de esta ciudad y la fidelidad a su oficio de escritora, todos deseamos que nos permita gozar de nuevas obras.

J. RAYMUNDO GODÍNEZ DOMÍNGUEZ
Nezahualcóyotl, marzo de 2014

Introducción

La primera vez que escuché la palabra distopía fue durante una charla con mi hija, que en ese momento cursaba el primer grado de licenciatura en el área de humanidades, ella se refirió a esta palabra un tanto emocionada al decir que “le gustaba la literatura con historias distópicas”.

Me pareció una palabra extraña, nueva para mí, no acuñada en mi colección de palabras raras, por lo que le pregunté a qué se refería, me dijo: “Son las historias de sociedades como las que describe Ray Bradbury, en *Fahrenheit 451*; Aldos Huxley, en *Un mundo feliz*; George Orwell, en *1984*”. Autores que en la misma medida habían llamado mi atención y formaron parte de mis lecturas, pero ahora una palabra designaba no sólo el tipo de literatura de estos autores, sino que se referían a sociedades apocalípticas, distantes de

las utopías reales o ficticias, las cuales pregonaban que todo debía ser perfecto y feliz.

Encontré entonces que el vocablo distopía también se usaba en el cine y que, invariablemente, hacía alusión a un lugar donde la raza humana había pasado ya por el exterminio a manos de los propios humanos o por catástrofes naturales. Lo curioso del asunto era que en estas historias contadas por el cine o desde la literatura, a pesar de su sentido apocalíptico, había siempre uno o dos personajes que se negaban a morir, a ser esclavos, autómatas, servir a los entes cibernéticos o a cerebros superdotados guardados en alcohol; eran seres humanos que volvían a sus raíces y a lo mejor de los valores universales, la protección de la vida, la libertad, la solidaridad, el amor, la valentía y la honestidad.

Al escribir y conjuntar los relatos aquí presentes observé un hilo conductor y una relación entre ellos, así son las personas que he conocido en esta ciudad, desde las historias de sus primeros habitantes, hasta la actualidad, no cesan de realizar aquello que les permita vivir mejor, luchando incluso por la vida.

Por eso en estas microhistorias, que forman parte de una historia más general, la de su ciudad, he tratado de plasmar lo que he escuchado de sus autores, vivencias en las que de una u otra manera salen venturosos, ya sea porque se organizan, luchan, creen en un santo —ser superior que los cuida— o aman, incluso si mueren dejan una experiencia para los demás; en todas he encontrado seres dispuestos a cambiar la adversidad, mujeres y hombres por igual, generosos, solidarios, valientes, que viven orgullosos de ser parte de esta joven y pujante ciudad, la del “coyote que ayuna”.

Espero que *Distopía* siga creciendo con más relatos y que sea, en un futuro, uno de esos libros donde un pequeño niño

nezahualcoyotlense encuentre el imaginario colectivo de quienes le antecedieron y pueda vivir el presente con identidad, sabiendo que sus raíces son profundas, importantes y que se encuentran salvaguardadas por una memoria que se negó a morir: la de las mujeres y hombres de ciudad Nezahualcóyotl.

Primavera de 2014

A mí no me daba miedo

Doña Josefina es una mujer pequeña, risueña e inteligente con un cúmulo de experiencias. A sus ochenta y siete años sus ojos están llenos de vida y conserva su memoria intacta. Es, como tantas mujeres y hombres que fundaron el municipio de Nezahualcóyotl, una persona valiosa. Ama de casa, madre y mujer de lucha.

Yo participé por un terreno, no tenía casa, vivía en Tlaxcala pero me case aquí en Nezahualcóyotl en 1963, cuando casi se inauguraba el municipio. Entré al Consejo Restaurador porque al comprar un terrenito, si te atrasabas con uno o dos pagos los fraccionadores nos quitaban los terrenos aún cuando viviéramos ahí.

Los líderes que yo conocí del Consejo fueron Odón Madariaga Cruz, que era el primer líder, estaban también Ricardo Bautista, Eladio Castro García y Juan Montoya. Antes de entrar al Consejo yo había

comprado en la colonia Las Flores, pero me lo cancelaron, por eso llegué aquí a la Benito Juárez. Mi esposo era albañil, nos pusimos a trabajar, yo haciendo aseos en las casas, todo para juntar dinero y poder pagar lo que sería el patrimonio de nuestros hijos.

Me enteraba de cómo los fraccionadores sacaban a la gente con todo y muebles; nosotros llegamos de Las Flores y nos sumamos al Consejo. Ahí todos nos respaldábamos, éramos muchos y las mujeres participábamos más. Tuve grandes compañeras como doña Paulita de la calle Pagaré y doña Elena de Abandonado. Nada más nos decía el líder: "Junten a la gente, vamos al Palacio porque no nos quieren hacer caso", y rápido nos íbamos con cazuelas y todo para hacer ruido.

Aquí en la Benito Juárez me enteré que había un comité general que era el Consejo Restaurador, yo estaba en el Comité 14 al cual le pusimos "Pascual Arellano"; cada comité tenía responsabilidad de juntar a la gente y llevarla a los mítines. Mi marido luego no me dejaba ir, pues yo tenía ocho hijos, lo bueno que los dos más grandes ya participaban porque teníamos que ir a las marchas, o a las juntas o a volantear.

Apoyaba a los dirigentes como Odón porque él veía por nosotros. Por ejemplo, una vez estuvo detenido uno de mis hijos con otros muchachos en Texcoco, íbamos con Odón, que luego luego nos apoyó. Nos fuimos hasta Toluca a que los dejaran libres e incluso amenazábamos con quemar la presidencia... y sí lo hubiéramos hecho.

Nos agarrábamos con los policías, eran agresivos en ese tiempo, una vez desarmé a uno pues quería agarrar a mi hijo en la marcha, con un palo le di un golpe y que le quito la pistola. Así era la lucha por nuestro patrimonio, por lo nuestro.

Me tocó estar también en el Toreo Aurora, ahí vendía tortas y refrescos, el Consejo era el encargado del Toreo, el cual llegó a dar funciones de arena para la lucha libre, hasta uno de mis hijos se metió de luchador cuando conoció a Ray Mendoza, uno de los mejores luchadores de esa época que seguido venía por acá, incluso salía en películas del Santo y el Blue Demon. ¡Cómo no iba a jalar gente! ¡Mi hijo se hacía llamar El Rayo de Tlaxcala y hasta las personas del Palacio iban a ver el espectáculo de tan bueno que se ponía! Casi no había cines ni lugares para llevar a la familia.

Odón Madariaga a mí me trató bien, mi compadre era pacífico. Primero veía la situación, luego la resolvía con calma. Me decía: "Usted tranquila, adelántese, ahora voy yo". Nos apoyó siempre, me quedó una buena experiencia con él como líder del Consejo. Gracias a eso tengo mi casa. Al paso de los años, como todo, hubo cambios, casi se desbarató la organización, algunos ya no participamos o nos fuimos alejando.

A mí no me daba miedo, luchaba con valor para defender mi terreno y a mis hijos.

(Texto basado en la narración de Josefina Germán Hernández)

Ahí la vicenteamos

Puedo decirte que comencé a drogarme a los catorce años. Acá en el barrio todo empieza rápido y cuando te das cuenta ya estás dentro. Desde esa época, pus ya llovió, nunca pude dejar el vicio, tengo cuarenta años, puedes imaginarte.

Mi cerebro aún funciona. Mira, el cerebro humano tiene dos neuronas: la viva y la pendeja, la viva aún no se muere completamente y me está quedando la segunda, la fiesta va a seguir, rélax.

Terminé la secundaria ya grande, como de veinticinco años, en una escuela para adultos de la colonia. Ni ahí podía llegar sin haberme echado por lo menos un carrujo, los maestros se daban cuenta y a veces pues sí me sacaban del salón, qué le vamos a hacer, yo era bien cábula.

Empecé a activarme por resentimiento. Mi padre tomaba mucho, por las noches llegaba borracho, yo me escondía debajo de la cama

y él me gritaba que saliera, ya sabía que eran golpes y gritos. En ese entonces le metía chido al activo.

Estuve en muchos grupos de esos que te quieren ayudar, de drogos, de alcohólicos, pero no me sirvieron. En esos grupos es el aliviane, expulsas todo ahí. A mí me gustó andar activado; me he metido de todo, de lo bueno y de lo barato, no puedo echarle la culpa a nadie, me gustó.

El amor es una palabra nada más, no lo siento, si fuera feliz andaría por la calle gritando como loco ¡soy feliz! No lo soy pero estoy tranquilo, muy tranquilo. No tengo hijos, me he cuidado y he cuidado a mi jaina. A las mujeres con las que ando las cuido, no quiero “mocos” regados por todos lados. Los hijos deben ser para cuidarlos, no para abandonarlos o humillarlos.

He andado con la tropa, por ejemplo, allá en Chalco con Los Tufos, Los Bestis Boys, Los Caras Locas, Los Gitanos. Con ellos he recorrido de todo, las pistas de rock como “La Noche Oscura” y “El Bulldog” en Neza, en Madrugada y México lindo. Con la banda es así el cotorreo, me desfogo, platico, son mis valedores.

La vida para mí es disfruta y goza el momento. Cuando te llegue el cansancio te duermes, descansas, te relajas, y cuando estés cadáver ya no sientes nada. La muerte es un descanso para todo el desmadre de aquí, un paso nada más.

Tenía mucho resentimiento, pero ahora andamos más tranquilos.

¿Despedirme? ¿De quién? ¿De qué? No hay nadie esperándome, no le debo nada a nadie. Mi testamento: pasé por aquí, la cotorree, la libré muchas veces, y cuando no pueda salir una vez más, pues ahí la vicenteamos.

14 de febrero

¿Quiere algo para atraer al ser amado? Le recomiendo poner una vela roja, encenderla cuando haya luna llena y repetir tres veces el nombre de aquél o aquélla que quiere para usted. No, yo no hago magia, todo está en la fe con que se pidan las cosas.

Ya cumplí noventa y dos, tengo muchos años vendiendo aquí en este mercado. Me vine de Puebla. Cuando comenzamos a vender, los puestos se ponían por acá en la calle de Abandonado y llegaban hasta Mañanitas. Le estoy hablando por ahí de 1980, luego pues ya nos pasamos para acá. Desde el principio yo vendía hierbas medicinales, me fui aprendiendo los nombres y para qué sirven, metí después la venta de velas, veladoras, santos y todo aquello que la gente me pide para estar bien, obtener dinero, prosperidad, amor... tengo semillas para la abundancia. Ahora uno de los santos que más

vendo es el de san Juditas, también escapularios, pulseras, imágenes pequeñas y grandes. Pero lo mío son las hierbas para el mal del orín o la diabetes, la ruda, el romero y el árnica.

Los que más compran son los comerciantes, los que venden algo. Vienen temprano por su manojo de albahaca, con romero y ruda, por la loción de lavanda o sándalo.

Tuve once hijos y todos me viven. ¿Nietos?, alrededor de ciento veinte, ya hasta tataranietos tengo. Me conservo bien, estoy sana, le agradezco a Dios todo lo que tengo, lo que me dio. Cuando llegué a esta colonia todo estaba por hacer, no había mercado ni puestos de cemento, hasta en el suelo me ponía a vender, hoy todo ha cambiado.

El Día del Amor y la Amistad mucha gente viene preguntando por cosas para enamorar, para acercar a alguien a sus brazos, yo les ofrezco las velas rojas, también tengo cuarzos rosas que atraen el amor o les doy una loción de pachuli para que se unten. La gente cree mucho en lo que se le da, por eso vienen. También tengo pulseras de la cruz celta o la de la mano de flor de loto, todo para que le vaya mejor.

Me gusta lo que hago, incluso alguna vez fui a unas pláticas de medicina natural. Igual curo el empacho, aunque ya pocos creen en eso, si supieran que las comidas de ahora se pegan a las pobres criaturas, las recién paridas también deben cuidarse, tengo un conjunto de hierbas para que se bañen durante la cuarentena, contiene romero, pirul, santa maría, pero las jóvenes de hoy en día no cuidan nada de eso que a nosotras nos enseñaron nuestras madres y abuelas.

Verá que si pone las velas como le digo va a funcionar. Pronuncie el nombre de su ser amado y cuando se terminen las velas

guarde los residuos en una bolsita rosa, junto con un cuarzo rosa —éste se lo regalo— y cargue su costalito en su bolsa de mano. ¡Claro que funcionará!, pida con fervor, con amor, este 14 de febrero.

Con el puño en alto

Doña Felisa tenía setenta y seis años cuando la conocí. Todos los días llegaba puntual al Centro Cultural 18 de Marzo, en la colonia Benito Juárez, en ciudad Nezahualcóyotl; llevaba una caja de cartón, de esas donde ponen los huevos, una mesa pequeña y una silla de madera. A eso de las diez de la mañana abría la caja y de ella extraía cajas más pequeñas llenas de diversos dulces: chocolates pequeños, chicle Canel's, mazapán de la rosa, paletas espolvoreadas con pican-tes y las paletas conocidas como manitas adivinatoras.

Todas las cajitas eran ordenadas y expuestas para vender a la gente que transitaba por la calle Juan Colorado, ya sea para ir a la iglesia La Lupita, a las escuelas del rumbo o al mercado Primero de Mayo.

Durante ocho años en forma ininterrumpida doña Felisa llegaba a vender sus dulces. Cuando supo que se abría la antigua

Conasupo ahora como Centro Cultural, lo primero que hizo fue presentarse y solicitar permiso para seguir haciéndolo; dijo que llevaba ahí poco más de tres años vendiendo para ayudarse económicamente; propuso que a cambio de que se le permitiera seguir ahí ayudaría a promocionar el lugar, así que pidió volantes para hacerlo.

Era de estatura pequeña, no sé si alguna vez fue alta, pero ahora era menudita, aseada, de cabello corto y cano, me recibía con una sonrisa amable. Pronto gané su confianza y con ello la posibilidad de que me obsequiara dulces de los que yo quisiera, y así me contó de sus vivencias, de los cuatro hijos que tuvo, de su esposo, un hombre grande, fuerte, que ella adoraba y obedecía —así era antes, me aclaraba—. Era viuda, vivía con uno de sus hijos, su nuera y sus nietos, quienes la ayudaban a llevar todos los días el pequeño puesto de dulces.

Me contó también que para obtener en la colonia los servicios que ahora tenían se tuvieron que organizar principalmente las mujeres, acompañó a varias y varios líderes a los mítines y marchas, así que ella creía fervientemente que las marchas sí solucionaban las cosas. Aún asistía cuando la invitaban.

“Me llegué a ir hasta con los zapatistas a Cuernavaca y con unos campesinos a Oaxaca... tenía que apoyarlos, la justicia es para todos”, me dijo.

Sonreía cuando contaba éstas y otras anécdotas. Yo veía como sus ojos se llenaban de brillo. Su apoyo al Centro Cultural era real, no faltaba a ninguno de los eventos artísticos, siempre mantenía conversación con las personas y las invitaba a pasar, ya que por ese entonces pocos entendían para qué era un lugar así; volanteaba a mitad de la calle vigilando su puesto desde ahí.

Verla todos los días al pasar me reconfortaba, hacía que me sintiera cuidada, pero un día doña Felisa se quejó de un fuerte dolor en el estómago. Por la tarde le dije que si gustaba la acompañaba al médico, a lo que accedió. El pronóstico no fue alentador, fue hospitalizada de urgencia y sometida a una cirugía.

Salió bien librada de la operación y regresó a su casa, su familia ya no la dejó ir a vender. Vivió algunos años más, pero ya no pudimos vernos con la frecuencia que lo hacíamos. La extrañé. Un día me avisaron de su muerte, me pidieron que llevara, para poner sobre su féretro, un libro que escribí sobre la historia de ciudad Nezahualcóyotl, ya que en la portada aparece doña Felisa con el puño en alto en una de las fotos que tomé expresamente para este trabajo. Me dijeron que ella estaba orgullosa de tenerme como amiga y de que la hubiera entrevistado para el libro. Siempre lo presumía a los vecinos y a las visitas que recibía les decía: “Ésta soy yo: Felisa Palma”.

Daño colateral

Como todas las mañanas, corres por la avenida para tomar el transporte que te lleva a tu trabajo. Subes al micro y te sientas en uno de los asientos vacíos. Son las ocho de la mañana, pleno verano, el día es claro, piensas que hasta radiante.

Observas cuando, a poco de abordar aquel microbús, sube una joven, enseguida llama tu atención por el color de su piel, ahumado, que no llega a blanco pero tampoco a negro, y su cara llena de tristeza y preocupación. Piensas que no rebasa los dieciséis años; es delgada, de cabello negro a los hombros. Camina y va a sentarse justo en el asiento junto a ti.

Lleva una blusa rosa de manga corta y pronto descubres unas marcas sobre uno de los antebrazos. Son pequeñas cortadas en forma transversal. Intentas no mirar, pero ella se voltea hacia ti y te

pregunta la hora para casi enseguida mostrarte sus heridas, las cuales parecen recientes. Te sientes avergonzado, ella comienza a llorar, aunque lo hace casi en silencio. Lleva ambas manos a sus ojos y a manera de ahuyentar las lágrimas trata de limpiarlas, como si no quisiera rastro alguno sobre su delgado rostro.

Le preguntas: “¿Qué te preocupa? ¿Puedo ayudarte?” Ella sólo sigue llorando, comienza a decirte que ha intentado cortarse para morir. Te sorprende la tranquilidad e indiferencia con que habla de la muerte y piensas: “¿Qué puede aquejar a una mujer tan joven, casi una niña?”.

La respuesta llega casi enseguida, te dice que llegó de provincia hace algunos meses, se vino a la ciudad porque le mataron a su esposo que, al igual que ella, tenía diecisiete años, llegaron unos hombres a la casa donde vivían y frente a ella lo balacearon, tuvo que venirse para que no le pasara nada, apenas llevaban seis meses de haberse juntado, él no estaba involucrado en nada malo, pero allá de donde viene cualquiera podría ser culpable y morir o ser encarcelado; más aún, no saber por qué de pronto alguien jalaba un gatillo y el brillo de los ojos se iba para siempre.

No sabes qué decirle y menos aún hacia dónde te lleva esa plática. Sientes pena e impotencia, no puedes ayudarla y no quieres que le pase algo. Es una adolescente y sin embargo su cuerpo se ve marchito, encorvado. Piensas en su dolor de viuda.

Creas que la gente joven no debe morir, ella por la violencia que aqueja al país ha perdido todo y ahora quiere deshacerse también de su vida.

El daño colateral de esa violencia es más claro que nunca. Te afecta no poder hacer nada. Ella te da las gracias por escucharla, se

levanta y te dice que ha llegado a su destino. Lo triste de su cara, su serenidad, te estrujan el corazón. Baja del micro y observas cómo se aleja su figura de niña-mujer.

No sabes si sobrevivirá. No, los jóvenes no deberían morir.

Desde ayer no quiero ir a la escuela

Me llamo Camila, tengo cinco años y desde ayer no quiero ir a la escuela. Voy en el primer grado de preescolar... bueno, eso me dicen mis papás y mi maestra Angélica.

A mí me gusta mucho ir a la escuela, por eso ahora no entiendo porqué no quiero ir. Me gusta todo lo que hay en ella, los juegos con mis amiguitas; Diego, el niño con quien pienso casarme un día; las bolitas que me pone a hacer mi maestra, los dibujos de globos donde ella lee los nombres de todos los niños del salón; salir al recreo, jugar con mi sombra cuando hay sol, estar en el arenero y jugar con mis amigos, pero sobre todo con mi amiga Sarahí a la que quiero mucho.

También me gusta pegar sopa sobre los dibujos que me da todos los días la maestra, jugar a que soy enfermera o doctora y los

disfraces colgados en una de las esquinas del salón. Mi salón está pintado del único color que sé como se llama, el verde. Yo tengo una plantita que riego todos los días y un libro preferido de cuentos, me gusta todo eso y sin embargo desde ayer no quiero ir a la escuela.

Mi mamá me dice que ya no volverá a pasar nada, pero no le creo. Hay algo malo en la escuela, yo lo sé. Yo ya no tengo miedo a la obscuridad ni a los monstruos, mi papá me dijo: “Si los enfrentas, los monstruos se van”. Por eso no tengo miedo, hice lo que papá dijo y se fueron. Pero a la gente mala que ahora ha estado por mi escuela, a ésa sí le tengo miedo. Aunque mamá diga que no volverán.

Escuché de los adultos que quienes viven en la casa frente a mi escuela son personas que dañan a los demás, la policía iba a atraparlos pero los señores malos no se dejaron y empezaron los balazos. Eso oí mientras mamá me llevaba a casa y sentía que ella también estaba asustada, aunque trataba de que yo no me diera cuenta y me apretaba tan fuerte que me quitaba la respiración a ratitos.

Todo comenzó ayer cuando apenas acabábamos de entrar del recreo. La maestra, muy asustada, nos dijo que todos nos tiráramos al suelo y pusiéramos las manos en la nuca. Su voz me sonó llena de miedo, como si fuera igual una niña. Y aunque la obedecí, volteada como estaba en el suelo, pude ver que unos señores vestidos de policías entraban al salón. Pensé en mi mamá, quería estar con ella, yo no entiendo el reloj o la hora, pero ver a mi mamá me tranquiliza, y no sabía si ya era el tiempo en que debía venir por mí. Comencé a llorar, sólo quería estar con mi mamita. Los demás niños también lloraban, algunos gritaban, la maestra caminaba de un lado a otro. No estaba sonriente ni cantaba como siempre y eso nos hace sentir bien.

Afuera se escuchaban muchos ruidos como cuetes, se oía a la gente correr, los gritos y los señores policías ahí en el salón, y todos nosotros los niños llorábamos tanto que la maestra no podía calmar a uno solo. Yo quería a mi mamá, a mi papá, en lugar de eso los cuetes se oían más fuerte.

Los policías nos cargaron de uno en uno. La maestra nos explicó que nos llevarían con nuestra familia. Afuera los ruidos que se oían como cuetes eran balazos, así lo explicaban los policías a cada papá o mamá que llegaba: hay un tiroteo enfrente, los niños o ustedes pueden salir lastimados, agáchese y salga con su hija en brazos.

Ya en casa, cuando todos pensaban que dormía, pude escuchar como mamá le decía a papá que ella me dejaba en el preescolar con la idea de que estaba en un lugar seguro, que las maestras cuidaban de mí, pero haber vivido lo de hoy le hacía tener una sola pregunta: ¿Y si una bala hubiera alcanzado a mi hija?

Por eso ahora tengo miedo. Las pistolas, me ha dicho papá, matan a las personas, y si te matan mueres y ya no puedes estar con tus papás y hermanos, con tu abuelita y los tíos, ni jugar ni ir al zoológico ni tener juguetes en Navidad.

Por eso no quiero ir a la escuela, yo no quiero morir, mejor no voy a la escuela aunque me guste tanto estar en ella.

10 de Mayo

Quedó solo en esa cama de hospital. Ahora los dolores eran menos intensos. Había llegado a la sala de emergencias desde el día anterior. Una fuerte fiebre lo aquejaba desde el lunes, los doctores lo habían atendido después de varios minutos de espera y únicamente después de que la diarrea y el vómito prácticamente los orilló a tomar en cuenta la gravedad del asunto.

Sabía que aquello sucedería, más no se imaginaba cuán difícil sería. Sin poder comentar con nadie la enfermedad que lo aquejaba, aún consideraba su deber que nadie se enterara.

Cuando supo que portaba el síndrome de inmunodeficiencia adquirida quedó perplejo. Lo primero que se le vino a la mente fue: “¿De qué forma lo contraje?”. No era casado, no tenía pareja, sabía bien que no era homosexual y en lo que cabía podía considerarse

una buena persona. Era trabajador, docente de una escuela preparatoria, y contaba con treinta y siete años, muy joven para pensar en la muerte y menos en una enfermedad estigmatizada. La pregunta seguía resonando: “¿Por qué a mí? ¿Dónde adquirí el virus?”.

El día que le dieron el diagnóstico había ido al médico por unas manchas en la piel que habían aparecido. No le dolían, pero eran raras, de un color casi morado. Le hicieron los estudios de rutina, algo en la sangre alertó a los médicos. Le solicitaron hacerse una prueba más. Al principio no quería hacerlo, luego pensó que no perdía nada, total, sabía que era precavido en su vida sexual, con sus dos únicas novias usó condón, le gustaba cuidar a sus amores, platicaba con ellas al respecto. Se hizo la prueba del sida, por cierto, desde ese momento vio las miradas lacerantes, inquisitivas, de enfermeras, médicos y empleados del lugar. Como maestro tenía protección social y médica, sabían en ese hospital que pertenecía al magisterio.

Pensó que una vez hecha la prueba todo estaría bien, dejarían de verlo así, sabrían de dónde venían esas manchas. Más aún, recobraría su vida que en ese momento se tambaleaba alrededor de una enfermedad tantas veces escuchada. Recordó cuántas veces recomendaba a sus alumnos que se cuidaran, les explicaba de estas y otras enfermedades. Los doctores estaban exagerando, quizá después pondría una queja por pedirle que se hiciera el estudio.

No fue necesario poner la queja, el informe era claro: había adquirido el virus desde hacía cerca de seis años. Quedó suspendido, seguramente se iba a desmayar, no podía respirar. ¿Dónde y cómo lo había adquirido? Los doctores seguían preguntando.

Se escuchó a sí mismo gritando, les pidió callarse, les pidió clemencia, él estaba seguro de no haberse contagiado con nadie, ni contagiar a nadie.

Una vez en casa, más calmado, de pronto recordó una ocasión exactamente seis años atrás cuando trató de ayudar a un hombre que había caído en la calle. Se acercó a él, se veía mal, sangraba por la nariz y al querer ayudarlo vio que traía una jeringa. Cuando intentó levantar al hombre éste se la clavó en el brazo. Fue un reflejo, sintió el agudo dolor y sacó la jeringa que tenía un líquido blancuzco, no reparó en el asunto, lo vio como un accidente ya que aquel hombre apenas se sostenía en pie. Lo llevó a la clínica más cercana y ahí lo dejó para que lo atendieran. No volvió a recordar el incidente y tampoco supo que esa persona era adicta a la heroína, que había entrado en shock... y que estaba contagiada de sida.

Era 10 de Mayo y estaba solo en un área especial de aquel hospital. De hecho era el único que había ingresado. La mayoría de las enfermeras no estaban pues ese día festejaban. Se preguntaba a quién avisaría si algo le pasaba. Era soltero, sus padres habían muerto cuando era pequeño y sus amigos eran los compañeros de trabajo, maestros igual que él, pero no eran íntimos ni les había pedido nada. Y si se enteraban seguramente lo juzgarían sin antes saber cómo había llegado hasta ahí.

Recordó a sus alumnos, que llenaban su mente. Realmente le gustaba dar clases, platicar con ellos, resolver sus problemas, observar su desarrollo a lo largo de su estancia en la prepa, conocer de sus vidas y ayudarlos cuando se lo pedían. Ese año había ganado el primer lugar como el docente mejor preparado, según una encuesta que la dirección escolar llevó a cabo entre los alumnos.

Ser maestro le había dado muchas gratificaciones y reconocimientos de todo tipo por su trayectoria intachable. Ahora prefería que quedara ese recuerdo.

Los dolores ya no estaban. Toda su vida había pasado frente a él y la calma lo envolvió. Estaba solo en aquella cama de hospital en ese día especial. El parte médico describió insuficiencia renal, gastroenteritis aguda, síndrome de inmunodeficiencia adquirida de seis años. Fecha de la muerte: 10 de Mayo de 2011.

El chamán

He escuchado que los chamanes son personas que preservan el conocimiento, incluso son poseedores de ciertas virtudes y habilidades transmitidas a través de un linaje. Cuando conocí a Martín me pareció eso, un chamán. Su figura delgada, mística; su mirada feliz, profunda, con una sencillez que se refleja desde que habla, rodeado de gente joven, de niños, y él con la brocha y el pincel sobre un mural explicando, dejando que su interlocutor pinte esa pared con entera libertad, dando un significado al otrora muro sin color.

Después supe que Martín había nacido cuando los zopilotes todavía volaban en los cielos polvorientos de ciudad Nezahualcóyotl, cuando aún se soñaba con eso de querer llegar a la luna. Su niñez había sido polvorienta, con lodo y muchos remolinos, algunos microbios rojos que las lluvias traían, que había surcos; pero

también gente ilusionada. Él era feliz, andaba por todos lados conociendo lugares, le tocó vender paletas en caja de cartón, recoger llantas y papel usado e ir a venderlos al tiradero. En pocas palabras, le entró a la chamba desde niño, hasta de bolero, ahí en el recién construido Palacio Municipal, lustrando el calzado de muchos de los funcionarios públicos, entre columnas y escaleras que emulan las ancestrales pirámides mexicanas.

Se acercó a la pintura a través de los cómics que rentaba en los mercados que apenas comenzaban a levantarse; en ellos no faltaba aquel puesto, pequeño, lleno de revistas usadas, donde se podían rentar, por veinte centavos, todos los cómics y novelitas que se quisieran.

Martín los rentaba y luego calcaba en papel blanco los dibujos para después iluminarlos con colores de madera o crayón. Cuando fue adolescente su sed de aprendizaje lo llevó a leer libros con ilustraciones de pinturas, de cuadros famosos; como no le alcanzaba el dinero en ese tiempo, se la pasó dibujando y usando pintura de esa que venden en bolsas para pintar los pisos de las casas.

Dicen que no fue disciplinado para estar en talleres y escuelas; fue, digamos, un poco necio, prefirió aprender por su cuenta, ser autodidacta. Después de ensayos y errores encontró su centro, su estilo, comenzó con los colores sepías terrosos, que era parte de lo que veía en su ciudad. Plasmó más de sus sueños y vivencias, sin poder dejar de lado a la mujer, pintando de ella sus emociones, rostros, roles, fuerzas y debilidades. Claro, también su amor.

Durante su juventud anduvo por las calles de la ciudad y conoció todo tipo de lenguajes y personas. Eso lo llenó de equilibrio, lo llevó a entenderse como un poblador de su tierra, y lo registró en

sus primeros cuadros. En ese andar, al asomarse a los charcos después de los días lluviosos, el ajolote lo cautivó. Por eso lo convirtió en su icono, lo vio como un híbrido, lo humanizó, lo transmutó y al pintarlo y compartirlo lo protegió de su desaparición de la faz de la tierra.

Suele irse a trabajar todos los días como si pensara que aún falta mucho por hacer y se acerca interesado a la juventud, esa que realiza nuevas acciones culturales y artísticas, ahí Martín desarrolla su mejor aporte ya que concibe lazos positivos como queriendo crear un gran colectivo cultural. Teje ideas y pensamientos y cultiva todas las técnicas, pero por sobre todas el muralismo por su contenido social didáctico y por el impacto visual que genera movimiento entre quienes lo observan. Quizá por eso al ver a Martín pienso en los chamanes, esos seres sabios, intuitivos a los que incluso se les atribuye la capacidad de modificar su realidad. ¿Será por eso que al conocer al artista-creador no tuve duda de que está realizando su mejor obra y misión? Lo que sí sé es que construye un lenguaje y un linaje que no morirá.

Él sólo quería su iPad

La primera vez que me pegó fue como al año de vivir juntos. Yo había decidido volver a reactivar mi Messenger, había dejado de ver a mis amigos, no hablaba con mi familia. Cuando él se dio cuenta de que chateaba, enojado me preguntó que quién me había dado permiso de abrir mi correo. Incrédula no atiné a contestar y cuando me di cuenta ya me había dado una cachetada.

Me pregunté qué había sucedido, pero traté de continuar con mi vida de casada. Teníamos dos hijos y el más pequeño aún no cumplía los dos años. Aún así muchas cosas comenzaron a cambiar. Me dejaba sin dinero, yo no trabajaba, mis niños me pedían de comer y me sentía atrapada de mil formas. Él trabajaba de foráneo, salía continuamente de viaje, transportaba semillas de una gran compañía, regularmente tenía que llamarle para decirle que los niños no

tenían qué comer. A veces me depositaba un poco de dinero inmediatamente, poco, pero ya tenía yo para darles a mis hijos.

Cada día todo empeoraba: cuando estaba embarazada de mi segundo bebé, al no tener dinero me puse a vender agua en bolsas en un camellón, en una avenida; era feo pero yo necesitaba alimentar a mi hijo más grande. Vivíamos en la casa de su familia, ellos no me apoyaban aunque se daban cuenta de que me golpeaba, me humillaba aún enfrente de los niños, no hicieron nada; al contrario, me pedían cambiar, algo estaba haciendo mal, seguro yo lo provocaba. Por vergüenza no le decía nada a mi familia, no la visitaba y si lo hacía mi esposo me controlaba el tiempo y me llamaba a cada instante.

Él no sólo me insultaba, poco a poco había hecho que mi autoestima se destruyera, me decía que era floja, que no sabía ser buena madre y que como esposa no servía para nada. Comencé a dejar de comer, veía pasar la vida como si pasara frente a mí, como si lo que sucedía le pasara a otra persona, no a mí. A veces sólo me quedaba viendo la pared, mis pequeños lloraban sin entender porqué su padre me tiraba la comida de la mesa diciendo que no sabía a nada, que era una porquería.

No me di cuenta cuándo ya no comí, sólo dejé de hacerlo. Un día él llegó y me dijo que se iba, por fin había encontrado su felicidad, que conmigo había perdido el tiempo, no me soportaba. Me jaló de los cabellos enfrente de mis hijos a pesar de que yo sólo lo miraba sin comprender lo que me decía. Me empujó contra la pared y me azotó varias veces, sentí un fuerte dolor en la espalda, mis niños gritaban, lloraban. “Deja a mi mami”, alcanzaba a escuchar, cuando por fin me sacó de la casa y me volvió a gritar que no volviera y

que sus hijos se quedaban con él. Me aventó una de mis bolsas y cerró la puerta.

Yo no lloraba, hacía tiempo había dejado de hacerlo. Me levanté como pude, comencé a caminar no supe hacia dónde, sólo caminé por la ciudad no sé cuantos días. Traía conmigo mi celular, recibí una llamada de mi marido y pensé que me llamaba para pedir perdón, para dejarme ver a mis hijos. Contesté y escuché del otro lado del teléfono su voz cariñosa, como si nada hubiera pasado. Me dijo: “Amor, regresa, te extrañamos, te espero en casa”. Sólo atiné a decir sí a cada palabra suya, sí, sí, voy para allá. Estaba tan preocupada por mis hijos. Cuando casi colgaba él me dijo: “¡Ah, gordita!, no se te vaya olvidar traer mi iPad, iba en la bolsa que te llevaste el otro día”. Colgué y seguí caminando sin saber a dónde ir, no sentía hambre ni sueño ni dolor, estaba seca, sin lágrimas. Sólo sabía que caminar mantenía lo que aún había de vida en mí.

Fruto del amor

Bajó del pesero que la dejó enfrente de la Facultad de Ciencias de aquella universidad. Con ella bajaron sus ilusiones y sueños puestos en que un día, tras cuatro años de estudio, terminaría una carrera y sería toda una profesional, se abriría camino y podría salir no sólo de la colonia donde nació, sino de aquella casa perdida en el oriente de la ciudad, la casa de su familia.

Se sabía bella e inteligente. De tez morena, sus grandes ojos enmarcados por unas bien delineadas cejas dejaban entrever el tiempo dedicado al cuidado de su arreglo, sus uñas decoradas y las zapatillas denotaban la importancia que daba a esta parte de su personalidad. Estaba ahí en los salones de clase y pronto se vio envuelta en la dinámica de las tareas y los trabajos en equipo, conoció a muchos amigos y compañeros, se sentía feliz de lograr sus empeños.

En el segundo grado de la carrera conoció a Juan Carlos; desde el principio él se acercó a ella meloso, condescendiente, presto a hacer sentir su presencia. Comenzó por acompañarla a todos lados, pronto la enamoró y le pidió que fueran novios.

Ella no podía creerlo, era el chavo más popular de la carrera, había visto cuántas chicas querían andar con él y por si fuera poco tenía automóvil. Sentía que andaba entre las nubes, su suerte, su buena suerte, continuaba ascendente.

Juan Carlos la rodeaba de obsequios, besos y atenciones, y aunque comenzó diciéndole que ya no les hablara a sus amigas, que notara que eran unas metiches, le tenían envidia, nunca le dio importancia. Luego le pidió que tampoco a los amigos, ellos y su amor podían estar solos en cualquier lugar. Poco después le pidió no vestir como lo hacía, no arreglarse tanto, para qué, si era bonita y sólo la quería para él. Después le sugirió que él como su novio tenía que saber de cada una de sus actividades, horarios, días y teléfonos, su celular era revisado en cada momento cuando estaban juntos.

Al principio estas peticiones iban acompañadas de amabilidad. Con una sonrisa le pedía que dejara de hacer o ir a tal lado acompañada de alguien que no fuera él, pero luego, conforme pasó el tiempo, Juan Carlos fue cada vez más agresivo, le pidió tener relaciones sexuales y que le demostrara su amor. Ella accedió. Lo quería, lo deseaba, estaba enamorada, aunque ahora también no dejaba de sentir cierto temor.

Pasaba por ella a su casa, la llevaba a la universidad, iba después de cada cambio de clase; si tenía algún trabajo en equipo él siempre estaba ahí haciendo sentir a todos su presencia incómoda. Las pocas veces que sus amigas podían estar con ella la ponían en

alerta, le decían que eso no era normal, que se cuidara, estaban preocupadas por ella.

Luego vinieron los pellizcos y las cachetadas, la zarandeaba incluso frente a sus compañeros. Comenzó a tener miedo. No se lo comentó a nadie, mucho menos a su madre o a su hermana pequeña. Total, después de sus arrebatos, Juan Carlos le pedía perdón, le decía que no lo hiciera enojar, que la quería mucho. Cuando quedó embarazada y se lo dijo no pudo explicar cómo de pronto se encontró tirada en el suelo mientras él la pateaba profiriendo palabras y ofensas de todo tipo. Un frío y un miedo aterrador la invadieron.

Él le dijo que tenía que abortar, al otro día fue por ella temprano y la llevó a un hospital donde todo se hizo en silencio, donde de pronto se encontró sintiendo el frío del acero entre sus piernas, salió temblando, confundida. Pero Juan Carlos inmediatamente la trasladó de regreso a su casa y la dejó ahí, enferma, con fiebre, agotada, sin poder decir nada a su madre. Inventó un fuerte resfriado, se tocaba el vientre donde estuvo cerca de dos meses algo que se suponía era fruto del amor.

Tuvo terribles pesadillas bajo el efecto del dolor emocional y la fiebre. Aquel humilde cuarto parecía más pequeño mientras que ella, en la inconsciencia, no sabía qué hacer. Sentía tanto miedo que se abrazaba a sí misma y una pregunta laceraba su mente: “Si lo amo tanto, ¿por qué me hace esto?”.

Marcela murió a los pocos días. Una fuerte infección invadió su cuerpo. Su madre no podía creer lo que encontró al abrir la puerta del cuarto de su hija, la que iba a ser una gran profesional y de la cual se sentía orgullosa, aunque no se lo había dicho. El dolor la invadió. Marcela, su pequeña de veinte años, estaba ahí en su cama,

la palidez de su cuerpo sin vida contrastaba con las sábanas ensangrentadas que daban cuenta de la verdadera historia.

Juan Colorado

Yo llegué desde la ciudad de Toluca. Me casé y mi esposo me trajo a vivir aquí, él era albañil y con su trabajo me construyó mi casa. Cuando llegamos a la colonia todo hacía falta, no había luz ni drenaje, menos escuelas y mercado.

Yo me dije: “Tenemos que hacer algo para que podamos vivir mejor, no en el lodo y el polvo”, comencé a juntar a mis vecinos, pero acudieron más las mujeres, formamos el comité de lucha de la calle Juan Colorado y nos fuimos a la Plaza de Armas, hoy conocida como Palacio Municipal. Pedimos hablar con el presidente municipal que entonces era el licenciado José Salinas Navarro, pedimos que se pavimentara la calle, pusieran luz, le dijimos que éramos gente de trabajo.

Un líder se acercó a nosotras, era Ángel García Bravo, y nos dijo: “Las vamos a apoyar”, y así fue, mandaron los materiales y nosotros, si era necesario, poníamos la mano de obra. Se pavimentó la calle y construyeron las primeras escuelas. Con el señor Ángel García trabajamos bien, en una ocasión hasta recibimos aquí al gobernador. Eran días de mucho ajeteo.

A cada momento me mandaban traer del Palacio, me decían que debía apoyar al presidente, al gobernador o a un diputado, mis compañeras y yo les decíamos que sí, pero que mandaran los apoyos para la gente.

Algunos de esos políticos eran a todo dar, nos llevaban a Toluca, nos cuidaban y traían de regreso sanas y salvas. Mi esposo me dejaba participar seguro de que todo era en beneficio de nuestra calle y colonia, así conocí mucha gente, políticos, me afilié al PRI y le he sido fiel, a pesar de los cambios, de que ya gobierna otro partido, voy a creer en mi partido porque con él se construyó este municipio, las colonias y todo lo que hay.

Sé que a veces algunos de los líderes de mi partido no han estado a la altura de las necesidades de la gente, pero a mí me vienen a ver para organizar y dirigir los comités territoriales, me gusta mi trabajo. Ya tengo sesenta y cinco años y camino por todas las calles que me tocan para hacer el trabajo, no soy como los jóvenes de ahora que se cansan o sólo quieren llegar a mandar.

Tuve cuatro hijos y de casada veinticinco años, ahora soy viuda, me mantengo con la venta de productos de limpieza, pero no dejo de participar, es parte de mi vida. Voy a las reuniones de capacitación, he aprendido mucho en todos los aspectos, me han enseñado a hacer escritos, a hablar frente al público, eso a mí me gusta.

Cuando hace falta algo en la colonia enseguida mando oficios y voy a gestionar. En 1992, cuando hacía falta un preescolar, nos dimos a la tarea de formarlo. Mandaron a las maestras y las apoyamos porque ahí donde se construyó había drogadictos, un basurero, hasta cooperamos para poner una virgencita de Guadalupe para que no tiraran basura, para que no hubiera drogadictos, pero nada, no respetaban ni eso. Aún así seguimos trabajando para mejorar todo lo que se pudiera.

Hoy, si hace falta una luminaria, o el desazolve, o patrullas por la alta delincuencia, pues igual seguimos gestionando para la gente.

¿De dónde saco fuerzas? Pues me gusta mi vida, trabajar por la gente, me ha ido bien, no me arrepiento de nada, tengo cuarenta años de vivir aquí en la calle Juan Colorado, aquí se casaron mis hijos, mis nietos han ido a la escuela, ahora hasta universidades tenemos. He visto como mi ciudad creció, mejoró, hoy ya no es la tierra de los marginados, tiene otros problemas pero es mi ciudad, el lugar donde está toda mi familia, mis amigos y compañeros, aquí seguiré apoyando en todo lo que pueda y trabajando, no hay de otra, como dice la canción, “Que Juan Colorado ya está acá”.

La Rancherita

Ese día llegué como siempre, a las ocho de la mañana, al lugar donde trabajaba como administradora. El director en cuanto me vio me dijo: “Van a reubicar el Centro de Salud ‘Benito Juárez’” —se encontraba en dos de las principales avenidas de ciudad Nezahualcóyotl, la Lázaro Cárdenas y Cuarta—.

Aunque seguía oyendo a mi jefe recordé que desde hacía más de veinte años ese Centro de Salud otorgaba servicios también a la población del municipio de Chimalhuacán. Él prosiguió y me dijo que eso se debía a la construcción de un nuevo centro comercial.

La reubicación estaba diseñada para colocarnos en la parte trasera del terreno que se encuentra sobre la calle Circuito Rey Neza, donde también estaba la Biblioteca “Jorge Jiménez Cantú” y detrás el rodeo La Rancherita. Desde que escuché la noticia mi convicción

fue de desacuerdo, pues el movimiento del centro implicaba no sólo una simple mudanza, sino el paro de los servicios durante el tiempo en el cual se realizaría la construcción; aunado a ello, implicaba que los pacientes que acudían día con día a los diferentes servicios realizarán gastos extra para poder llegar al nuevo edificio.

Con el fin de generar algún beneficio real a la comunidad, analicé la forma de solicitar que ese nuevo centro contara con nuevas oportunidades de servicios para la población demandante, pues eran ellos quienes merecían mejores instalaciones. Por eso, junto con otros compañeros propuse que se construyera un laboratorio clínico que permitiera satisfacer las demandas de salud de la población.

Con el apoyo de la comunidad y de líderes naturales de diversos comités e ideologías presionamos a Hipermercados Carrefour para que se contemplara la construcción de dicho laboratorio y la población fuera beneficiada en realidad. La respuesta, a dicha petición, de los empresarios fue que ya habían sido autorizados los planos por los directivos del Instituto de Salud del Estado de México, en Toluca, y que la unidad se construiría como estaba el actual centro, sin ninguna modificación.

A pesar de esta respuesta, mis ideales no pararon allí, pues tenía la firme convicción de que ese laboratorio tenía que funcionar, para lo cual necesitaba estar equipado. En pláticas posteriores seguimos insistiendo en que se construyera el laboratorio.

Redoblamos esfuerzos, asistimos a reuniones, a las televisoras, hicimos mítines, repartimos volantes, pusimos lonas, recabamos firmas por doquier y se formó el Frente en Defensa del Centro de Salud. Nos reunimos con autoridades municipales y estatales,

platicábamos con la gente de la necesidad de contar con un laboratorio clínico y logramos que todo mundo se sumara. La señora del puesto de dulces repartía volantes, los vecinos hacían pintas sobre la avenida, se tomaban fotos y los alumnos de las escuelas cercanas acudían al apoyo. En fin, se luchó no sólo por un nuevo espacio, sino también por uno mejor equipado.

El cambio se realizó con éxito, gracias a la ayuda y solidaridad de los compañeros del Centro de Salud, los cuales estaban motivados y felices por las nuevas instalaciones y por todo lo que se había logrado.

Uno de los socios mayoritarios de Carrefour me dijo que no me preocupara, iba a dar la orden para que se construyera el laboratorio. Se acercó a mí y me confió que ellos eran duros pero tenían palabra, y además si algo reconocían era cómo habíamos defendido el Centro de Salud.

El 27 de abril de 2004, inauguraron la tienda de autoservicio, me hicieron entrega de un cheque simbólico para el equipamiento del laboratorio; en ese momento sentí una gran alegría y una gran responsabilidad porque el dinero debía alcanzar para comprar todo lo necesario con la mejor calidad y al menor precio.

Esto se logró gracias al apoyo de la comunidad, a mis compañeros de trabajo, a mi familia, pero en especial mi total gratitud y reconocimiento para quienes nos organizamos en pos de algo que en realidad sirviera a la gente. Se contó con personas honestas y llenas de convicciones, sin duda los empresarios fueron sensibles a esta forma de trabajo y se convirtieron en el motor principal para la construcción y el equipamiento del laboratorio del Centro de Salud “Benito Juárez”, que actualmente sirve a mucha gente de escasos recursos y

sin seguridad social que habitan Nezahualcóyotl y Chimalhuacán, pues contribuye a tener diagnósticos más acertados, un seguimiento y control de sus enfermedades y una mejor calidad en el servicio.

Y ahí mismo donde por más de veinte años estuvo La Rancherita, quedó el estacionamiento de un centro comercial y nuestro Centro de Salud.

Me siento afortunada de haber contribuido con un granito de arena para que se pudiera llevar a cabo este proyecto, pues considero que si todos pudiéramos aportar algo, en lo mucho o poco que nos permitan nuestras posibilidades, este país sería mucho mejor.

Madre cultural

A Susana Velasco Hernández, in memoriam

A través de la ventana puedo ver lo que ocurre afuera, sólo tengo que ver, sentir y pintar lo que siento. Yo nací en Estados Unidos, pero mi padre es de Oaxaca y mi madre de Jalisco. Me trajeron desde los cinco años a vivir a ciudad Nezahualcóyotl.

Vengo aquí con cierta frecuencia, tomo mis pinceles y aun en esta cama de hospital, con el dolor a cuestras, me pongo a llenar de color los lienzos. El olor a formol, las jeringas en mi brazo, la batas de los doctores son instantes desde los cuales aspiro la vida. La imaginación me hace pensar que las salas de espera son lugares donde la luz se proyecta como en un fractal, se disemina por todos lados y crea imágenes de tlatoanis, de plantas prehispánicas, magueyes, corazones en sacrificio, los nopales, dioses aztecas, la vírgula del habla, flores, lunas, el sol, un universo sin fin.

Me gusta mi ciudad, el espacio donde trabajo. Llevo más de veinte años coordinando un lugar donde el arte y la cultura confluyen como en un caudal de río que desemboca en el gran océano de la comunidad. Aquí llegan todos los artistas y a todos los atiendo; cada uno trae propuestas no sólo de cómo concibe el arte, sino de cómo concibe la vida. Me atrae la idea de que aporten a esta gran ciudad y a su gente. Aquí hay lugar para todos.

Cada vez que tengo que regresar al médico me causa sobresalto. A veces es sólo un estudio de rutina, pero en otras he quedado encerrada entre cuatro paredes blancas, viendo filtrar ese líquido rojo que sale de mi cuerpo a otro recipiente y regresa luego a mí desde bolsas cóncavas; no me gustan los pinchazos, la toma frecuente de signos vitales, el quedar a merced de seres que se comportan como dioses. No me gusta, por ello me lleno de valor y a todo le pongo color, los tonos pastel son mis preferidos, sin duda alguna.

Los pintores son especiales para mí, compañeros del mismo pincel, pero en el trabajo se tiene que apoyar a todos: escritores, artistas plásticos, danza clásica y folclórica, la poesía que es, como dicen, hermana de la pintura. Yo trato de que este centro sea como el xochicuicalli, se viene a crear, a dejar testimonio de una época a través del arte.

Pinto lo que siento, siempre fue así, mi obra está llena de aquello que vi, lo que pude percibir, oler, abstraer de este mundo que a cada paso nos enseña algo. Yo estuve rodeada de amor y en mi familia la cultura tuvo un papel preponderante. Por ejemplo, desde mis tatarabuelos, allá en el pueblo, la familia ha estado metida en la banda de viento.

Los artistas vienen por un apoyo, por un lugar para exponer; se les abren las puertas, se les impulsa y reconoce, se les trata con dignidad, con respeto a su talento. Cuando vives amando lo que haces, cuando aceptas tu papel para contigo y el resto, lo demás sólo se va adhiriendo a ti.

Mis obras se han expuesto en muchos lugares, en recintos, en calles de Neza, en el extranjero, en Ciudad de México. He recibido variados reconocimientos, pero lo importante para mí es cada uno de los artistas, que ninguno falte, que ninguno quede rezagado. He querido ser congruente como artista y funcionaria, por ello si la comunidad cultural se siente acogida en este centro regional, ese será mi mejor reconocimiento, trascender, irme un día del plano terrenal a otro, satisfecha de lo realizado, de haber nacido con un talento y haberlo compartido, verlo crecer como mis flores del jardín y un día escuchar las palabras de los otros diciendo: “Ella para mí fue como una mamá cultural”.

Niña Blanca

Mi padre lo es todo para mí, ¿sabe? De mi madre no quiero saber nada, nos abandonó. Desde chico he andado de aquí para allá. Es cierto, cuando tenía hambre un primo me dijo: “Fúmate de ésta, te va a gustar”, y así empecé. La marihuana es mi segunda vida, no puedo dejarla. Fui a la escuela, sí, pero a veces llegaba todo motoloro, la maestra se daba cuenta y me sacaba, un día le dije: “Quiero terminar la secundaria, deme chance”, y la profa me tuvo paciencia, no me dejaba estar si la había fumado, me tuvo paciencia y terminé la escuela. Me gustaron tanto las matemáticas que las aprendí bien.

He tenido que sobrevivir como se pueda; me han dado unas golpizas los del barrio que para qué le digo, un día me di cuenta de que necesitaba que alguien me cuidara y comencé a rezarle. No creo en nada, ni en el amor, pero en ella sí, no faltó ningún día 2 de cada mes

a sus misas, ahí en mi calle hay un altar. Hasta la traigo conmigo para que me cuide de todo mal.

Dicen que es mala, no es de Dios, pero no es cierto, cuando ando en mis bisnes ella está ahí para sacarme de todo problema. Mírela, ¿a poco no está linda? El otro día allá en Tepito compré ésta, montada en una moto, hecha toda de hueso.

Ella es como una madre, si usted le pide, seguro le concede. Hace poco llegaron los del barrio buscando a unos cuates, me vieron a mí y me corretearon, me pusieron la pistola frente a los ojos, yo nomás los cerré, le pedí a mi Niña, y ya ve, sigo aquí, vivo y coleando.

Intenté buscar una vez a mi mamá, cuando me vio ni siquiera me hizo caso. No lo volví a hacer, no la necesito, estoy bien así. Yo con mi cigarro todas las mañanas me siento a todo dar, es lo primero que hago al levantarme, la tengo guardada debajo de mi colchón, agarro la hoja y la preparo. Me gusta acostarme y ver el techo de mi cuarto, comienzo a imaginar tantas cosas en cuanto empiezo a fumar; me relaja, me hace sentir que todo está bien. Ya después me pongo a trabajar en lo que salga, y por la noche mi otro cigarro, así me la voy llevando. No, no la puedo dejar.

El 2 de noviembre me voy bien temprita a la misa de la Bonita en Tepis. Se llenan las calles, llega mucha gente, valedores de todos lados, yo llevo a bendecir la imagen que tengo, nos quedamos todo el día y la noche, le cantamos y cada uno de los que vamos trae su historia, se le ponen velas y todo aquello se ve chido, luego algunos le entramos a nuestros vicios, también van muchas familias, en orden, sin hacer jaleo.

Este año le voy a pedir a la Niña Blanca por mi papá, ha estado con un fuerte dolor; luego no sale a vender en el puesto que tiene

en el mercado. Le voy a pedir que lo alivie y esté mucho tiempo más conmigo. ¿Si es milagrosa? ¡Claro! Por eso la banda, el barrio, está con ella. Mírela, ¿a poco no es linda? Y es poderosa, sólo Dios está por encima, Él la mandó para recordarnos que todos somos iguales. Al final viene por todos, ¿o no?

Poderosa y milagrosa

Como todas las tardes, esperaba en la puerta de la casa a que llegara papá. Sabía que él al verme primero, antes que a mis hermanas, me mandaría por su botellita de Don Pedro y me quedaría con los cinco pesos de cambio, con los que compraría los dulces de siempre.

Así que lo esperaba impaciente cuidando que mis hermanas no salieran y me ganaran.

Cuando por fin podía ver cómo de una de las combis bajaba mi papá sonriente atravesaba la avenida y llegaba hasta mí. Me entregaba el dinero y pedía lo de siempre; entonces yo me echaba a correr feliz.

Después no comprendía porqué aquello que a mí me daba felicidad se convertía en gritos entre mis padres. Mi papá terminaba por la noche eufórico bailando y cantando hasta la madrugada y no

nos dejaba dormir, luego venían los intentos de golpear a mamá y todos nosotros nos encerrábamos en un cuarto y sólo oíamos gritos, platos que se rompían, botellas y el llanto de mamá, los gritos, luego el silencio.

La embriaguez terminaba por doblegar a mi padre. Al otro día él salía a trabajar aún con los efectos de la borrachera y por la tarde todo volvía a ocurrir igual. Cada vez él era más agresivo cuando tomaba y buscaba pelear con todos y quería golpearnos. Ya no me gustaba eso de tener para dulces, si luego cada noche ocurría lo mismo: golpes, angustia, miedo. En casa todos nos fuimos poniendo tristes y a veces enojados por lo que pasaba.

Un día escuché que mi mamá rezaba en el altar que tenía de la Virgen de Guadalupe, a la que no le faltaba una veladora encendida y un ramo de flores, los cuales compraban ella y mi papá en el tianguis del domingo. Mi mamá le pedía a la Virgen que le hiciera el milagro de que mi papá dejara de tomar, incluso lo llevaría a jurar a la Basílica.

Nunca entendí bien cómo funcionaba eso de jurar, pero veía a mi padre hacer un juramento de seis meses, al cabo de los cuales tomaba desesperado; otras tantas rompía el juramento dejándonos sin dinero para comer o ir a la escuela, pero mi madre volvía a insistir en pedirle a la Virgen el milagro.

Así pasamos muchos años, entre borracheras de mi padre y juramentos a la Virgen; el dinero escaseaba, tuve que trabajar desde niño en un lavado de autos y al mismo tiempo ir a la escuela; al ser el único hombre, mi madre me exigía más, perdí mi adolescencia y un odio se fue acrecentando dentro de mí.

A mi padre sólo lo veía por las noches o los fines de semana en vuelto en ese aire de “no pasa nada, sólo tomaré un poco”, y luego

quedarse a veces tirado en la puerta de la casa. Me preguntaba por qué no podía dejar de beber. El tiempo pasó y nos cambiamos de colonia, todo empeoró al grado de que mi progenitor se juntó con un grupo de hombres que al igual que él sólo pasaban el día a la espera de los tragos; en muchas ocasiones mi madre y yo fuimos a recogerlo de una esquina donde había quedado lleno de polvo y sin un cinco en los bolsillos.

Después de veinte años de tomar, un buen día mi papá dejó de hacerlo. Nos dijo que había jurado a la Virgen de Guadalupe y esta vez sí cumpliría. No sé cómo pero fue cierto, no volvió a beber. A partir de ese momento fue un padre ejemplar y un mejor abuelo. Ya no hubo gritos ni insultos, se volvió jovial como cuando yo era niño, nos contaba historias que nos sorprendían y de cómo la Lupita le hizo el milagro. Nos decía: “Si hay alguien poderosa y milagrosa, ésa es la Virgen de Guadalupe”.

¿Quién enseña a quién?

La observas como todos los días; te das cuenta de que desde hace seis años que trabajas en ese Centro Comunitario, Rosalba es la primera en llegar.

Y lo primero que hace es preguntarte cómo has estado, si tus hijos están bien. Si siente que algo anda mal en ti, ella lo descubrirá, ya te has percatado que sonrío y está contenta si tú lo estás; si te nota preocupada o triste, enseguida te preguntará qué pasa, se pondrá triste e incluso llorará.

Llevas varios años ahí y no hay día que no te lleve algún obsequio: una naranja, una manzana, un dulce, una flor. Aunque insistes una y otra vez que no te lleve nada, ella continúa con esa costumbre. Realiza todo un ritual para estar no sólo en comunicación contigo, sino para asegurarse de que le pones atención.

Como el día que te caíste por ayudar a uno de los alumnos de la tercera edad que acuden a su clase de danza; te raspaste una rodilla. Al otro día Rosalba ya te estaba esperando con una bolsa de donde sacó una venda, aunque estaba usada y un poco sucia, a continuación sacó una de esas lociones para pies cansados. Sonreíste, antes de que preguntaras para qué era todo aquello, ella ya te estaba explicando con señas cómo ponértelo en la rodilla.

Así es Rosalba, como una niña agradecida, solidaria, sólo que tiene cerca de cuarenta años.

Cuando su hermana mayor la llevó a inscribir te explicó que no había aprendido a hablar, la mamá de ambas acababa de morir y ahora por las mañanas no había quien cuidara de su hermana, por ello la quería inscribir en las clases de primaria.

Así, aquella mujer-niña comenzó a ir al Centro Comunitario. Nadie se dio cuenta cuándo se hizo parte de las actividades del lugar, apoyando en repartir la publicidad, avisar si entra alguien desconocido y preocuparse por los que ahí laboran; se relaciona con todos y a su manera han aprendido a comunicarse con ella, a pesar de que no articula casi ninguna palabra.

No ha aprendido a leer ni a escribir, no entiendes bien sus limitantes, pero sí que tiene capacidades diferentes. No habla, pero escucha bien, bromea, juega, ríe a carcajadas. Has aprendido a entender cómo expresa sus sentimientos en forma espontánea, cómo se sienta parte de ese lugar donde llega y lo cuida como si fuera su hogar.

Ella también observa, sabe cuando algo diferente está pasando, y cuando se organiza alguna actividad artística ella se queda extasiada, sobre todo con la pintura; platica a su modo con los artistas. En una ocasión una de las pintoras le ofreció tomar el pincel, encantada

comenzó a pintar en el mural que se estaba creando e hizo suya la obra, la mostraba orgullosa y trataba de explicarla.

Sabes que no puedes enseñarle a leer, su mente no registra ese tipo de conocimientos, lo has intentado todo, pero ella es feliz llenando libretas con los ejercicios de caligrafía que sí puede hacer, piensa que es tarea de la escuela, por ello pidió a su hermana que le comprara uniforme. Sus actitudes no dejan lugar a dudas, su mundo es distinto, pero completo, desconoces cómo trabaja su pensamiento porque no habla, estás segura de que Rosalba seguirá llegando todos los días en forma puntual a tomar sus clases.

Piensas que a ti te hace feliz este trabajo, después de todo estás ahí para tus alumnos, para escuchar sus historias, apoyarlos, facilitarles el aprendizaje, incorporarlos al autoempleo. Una sonrisa aparece en tu cara y te preguntas a estas alturas: “¿Quién enseña a quién?”.

San Juditas

Desde que estoy como chofer de una combi, todos los días antes de salir de casa, paso al altar de san Juditas Tadeo y me persigno. Me siento más tranquilo si me encomiendo al santo patrono de las causas desesperadas.

Subí a la camioneta a las cinco de la mañana, y como es invierno aún estaba oscuro. Me sentía intranquilo, molesto... me había peleado con mi vieja, ella moliendo con que no le alcanza el gasto que le doy. Tenemos cuatro hijos. Le explico que tengo que entregar la cuenta al patrón, pagar la gasolina que sube cada mes, que no gasto ni siquiera en comida, pero ella no entiende y termina enojándome; nos gritamos y salgo dando un portazo.

Sé que nos queremos un montón, pero esto del dinero me tiene harto. Pongo la radio, el coraje no se me quita, avanzo por las

calles aún desiertas y el pasaje no se asoma. De pronto una camioneta se me cierra y de ella salen dos tipos. En segundos están sobre mí bajándome de la combi con golpes y gritos. Ni siquiera alcanzo a saber qué pasa, me meten a la camioneta y sólo alcanzo a ver cómo avientan un pequeño papel con un número de celular en mi asiento.

La angustia se apodera de mí. Quiero llorar. ¿Qué está pasando? Me ponen una bolsa de trapo en la cabeza y al arrancar la camioneta caigo de bruces y siento las patadas y golpes en todo el cuerpo. Estoy asustado, confundido, escucho un sinfín de advertencias. Los tipos me dicen que si la ruta no paga el rescate, no llegaré vivo a mi casa, que la chingada será mi próxima parada.

Comienzo a temblar, no puedo pensar, soy un trabajador, la combi no es mía, ¿quién pagará el rescate? Mi familia pasa por momentos difíciles, mi madre está hospitalizada, le detectaron cáncer; no tengo padre, murió hace tiempo, y mi vieja, ¿de dónde va a sacar dinero? El dolor que sentirá junto con mis niños. Pienso: “Que no me hagan nada, que acabe esto”. Sólo siento que el vehículo donde me traen dando vueltas se detiene a veces y continúa, con ello los golpes, las amenazas; siento ganas de orinar. Les digo, pero se burlan. Siento como un líquido caliente baja por mis piernas. No sé cuánto tiempo ha pasado, tengo hambre, sed, y esta angustia.

Alcanzo a escuchar las constantes llamadas que hacen, como suenan uno, dos celulares, las voces y las amenazas. Que si no entregan cien mil pesos mandarán pedacitos de mí. Las fuerzas me abandonan y caigo desmayado.

Cuando recobro el conocimiento lo primero que pienso es en san Judas Tadeo, que se apiade de mí. Me siento impotente, supongo que ya es de noche porque ahora tiemblo de frío. De pronto uno

de los tipos me dice al oído: “Pinche suertudo, hijo de la chingada, volviste a nacer”. A continuación la camioneta se detiene, me toman por los brazos y me levantan. Un sabor amargo a sangre me recuerda que uno de los golpes que recibí me tiró un diente, siento cómo me avientan fuera de la camioneta, siento un golpe más con la cachapa de una pistola que da en la nariz. Arrancan, permanezco aún mucho tiempo tirado, resoplando, con aquel frío inmenso. Me han dejado las manos desamarradas, trato de levantarme y caigo, me quito aquel trapo de la cabeza. Estoy solo en un lugar que no conozco, lleno de tierra; de nuevo intento levantarme y caigo, no puedo menos que pensar que estoy aprendiendo a caminar como cuando era niño. Lloro.

Por fin me ubico. Estoy en un cerro cercano a una carretera, respiro hondamente. Es cierto, he vuelto a nacer, no puedo creerlo, pagaron el rescate y con ello volveré a la vida, con mi esposa y mis niños. Las lágrimas mojan mi rostro.

Por el susto me dio diabetes, mi vieja me llevó con un curandero, al principio no quería, esas son cosas de mujeres, pero por las noches me despertaba gritando, sudando, temblando. El brujo, o lo que sea, me echó un agua color rosa, me limpió con unas hierbas y gritó sobre mi nuca varias veces mi nombre. Luego me dijo: “Tú tienes un ángel a tu lado, él te cuida”.

He regresado a trabajar, pero ahora le rezo con más fervor a san Juditas y no faltó a ninguna de sus misas el 28 de cada mes.

Ser maestro

Al Profe Encande, in memoriam

Hoy en día, con crisis en todos los rubros del acontecer social, la figura del maestro ha sido también resquebrajada. Ya no es el ser aquel que todos respetaban y admiraban, como muchas de las profesiones de carrera, la de maestro es hoy en día una labor llena de exigencias sociales, pero con pocas gratificaciones reales.

La mayoría de las personas de la sociedad mexicana actual no se pregunta qué hay detrás de aquel que se dice profesor. ¿Cuáles serán sus vivencias, sus éxitos, sus fracasos? El profesor que está frente a grupo, el que enseña, el que recibe todos los días a los niños y jóvenes de este país, el que marcha por las calles exigiendo mejoras laborales, el que se empeña en ser maestro.

El Profe Gerardo Encande de Jesús comenzó a dar clases cuando apenas tenía dieciséis años. De hecho se veía casi de la misma

edad que sus alumnos de sexto grado. En esos años al concluir la Normal elemental se estaba preparando, según la currícula, para dar clases.

Una de sus anécdotas era que en sus largas horas de viaje utilizaba los boletos del pasaje para planear la clase. Fue maestro de carrera, lo mismo en primaria que como subdirector y director, y si algo le gustó fue adquirir la facilidad de ubicar los municipios del Estado de México. Los conocía casi todos.

Buscaba con ahínco motivar a los alumnos, hacerlos importantes, valiosos y sobre todo que aprendieran que la educación era la mejor herramienta para ser mejores. Lo mismo gestionaba una cancha de basquetbol que corría con ellos para aprender las tablas de multiplicar.

Cuando fue trasladado como auxiliar técnico al nivel de educación para adultos, en ciudad Nezahualcóyotl, atendió una zona con cerca de trescientos maestros y se aprendió el nombre de todos los docentes y directivos, sus historias personales y la dirección de los cincuenta centros de educación para adultos.

Le encantaba cambiar de apellido a los maestros. Así, alguien podía convertirse en Armando Martínez Huerta o Angélica Guzmán Villanueva, sólo para que aflorara una sonrisa de cualquiera de esos maestros.

Su trabajo sin duda era administrativo, pero cuando alguien llegaba molesto, triste, cabizbajo, lo primero que hacía era tranquilizarlo, luego escucharle y finalmente revisaba su trabajo. La mayoría de docentes esperaba de él un consejo ante la enfermedad, la soledad, el dolor de perder a alguien, el no saber cómo hacer mejor su trabajo. A veces sin duda esperaban también soluciones.

La academia, más que la administración, era su pasión. Le gustaban las matemáticas aún cuando no las ejercía; la didáctica más completa entraba en acción al momento en que comenzaba un taller, el lugar se convertía en un encuentro no sólo con el conocimiento sino con uno mismo. Era un capacitador nato, un *coaching* formado al calor de las necesidades que el nivel de adultos exigía.

El Profe Gerardo, como le decían sin reverencias ni cortapisas, escuchaba, apoyaba, organizaba y trabajaba para servir en el mejor estilo del servidor público; fue un líder de esos que no se venden, de los que no tienen que levantar la voz para dirigir, lo cual hizo como auxiliar de supervisión, como líder sindical, como líder político, pero sobre todo con esa fuerza moral que pocos logran transmitir y ejercer.

Ser maestro fue la forma en que enseñó a otros a respetar, querer y llevar a cabo la enorme tarea de educar en las aulas; hizo hasta el final lo único que le gustaba: enseñar y servir.

Gracias al Profe Encande aprendimos que ser maestro, por riesgoso que parezca, es una aventura que vale la pena vivir.

Sueño final

Aquí estoy, en el sueño final. Puedo escuchar todo a mi alrededor, extraño pero lo escucho; sollozos entrecortados inician y concluyen en lapsos cortos, pero cada vez son más tristes, puedo oírlos. Son como lamentos intermitentes con un eco que se liga a mí, a través de un sortilegio que no alcanzo a descifrar. A mí no me causa dolor ese llanto pertinaz, colectivo, casi dulzón que embriaga el ambiente de tanto escucharlo.

Huelo esa tierra mojada que tanto me gusta, ese olor antiguo que encierra los pasos de mucha gente, de microorganismos, de eras y eras que han transcurrido entre un ser y otro, un olor húmedo, limpio, me recuerda esos días de lluvias torrenciales bajo un pirul o junto a las largas filas de maíz donde está a punto de brotar la mazorca con sus hilos de oro. Un olor viejo me conforta, me

traslada al primer momento de la vida, al seno materno mismo. Me rememora tomar la tierra en un puño a manera de trofeo, del volcán que se ha ascendido, del sembradío por el que se ha corrido lleno de risas, del jardín familiar o de la maceta de la oficina.

Me llena un sabor, el del betabel, dulce, salado, familiar, nutritivo de tanto que es, porque en casa es donde más se come. Ese sabor me coge desprevenida, me confunde, me altera un poco, me lleva de la mano a la cocina, a la preparación de manjares en variadas ocasiones, al salmón, las aceitunas, la fruta en almíbar, las fiestas indistintas, las caras sonrientes, eventos por doquier, los halagos, la felicidad, el transcurrir; los tamales, el pozole, el vino o el mezcal, la sal, la carne asada y todos alrededor de la mesa, los pasteles y el pan, la alegría.

Sabores y olores que hoy penetran a través de mis poros, como si el sólo evocarlos los hiciera más patentes, presentes, lúcidos, instantáneos, el betabel sobre todos ellos. Saboreo, casi lo muerdo en medio de ese no ver nada, sólo oler, sentir, escuchar.

Mis poros abiertos a toda sensación, sentir que me toca con cierta ternura un par de manos que con delicadeza arreglan mi cabello, y esa tranquilidad que me envuelve a cada caricia, y esa luz que no veo pero sé que está ahí, sonriente para mí, cálida para mí, fehaciente, se entrega, evoca todo aquello que llenaba mi libido, que me extasiaba en el instante culminante de la sensualidad. Sentir o pensar qué siento, extraña sensación, me doy cuenta de que no veo nada, estoy sin estar, transito poco a poco en un espacio enorme, sideral.

Toco un ramo de flores con sus tallos, llenos de pequeñas protuberancias, y el olor se dispara otra vez al abrazo de alguien, a los

besos subyugantes y a hacer el amor hasta quedar inerte en una colina solitaria. El paso del rocío que evoca el olor a anís, a musgo; el andar de una oruga con bellos diseños de lo que pronto será su vuelo, el sonido de las aves, todas juntas, dispar, pero ordenado, cadencioso, en el amanecer, en el atardecer. El sol anaranjado devolviendo un soplo calentito, que después de verle nos envuelve, nos invita a mirarnos a los ojos llenos de amor, y ese aire suave, apenas perceptible que nos cobija y hace abrazarnos una vez más, conteniendo apenas toda esa felicidad que nos embarga.

¡Qué tranquilidad! ¡Qué paz puedo sentir! Puedo respirarla, sólo me dejo llevar en este sueño final.

Un ente de otro mundo

A pesar de sentirse cómodo en ese lugar, aquel ente sintió que debía acomodarse de otra forma, comenzó a girar sobre sí mismo hasta quedar de cabeza. Recordaba vagamente que llevaba varios meses en ese lugar tibio y confortable, oscuro tal vez, pero sin duda confortable. Escuchaba voces que provenían desde fuera, reconocía dos, se presentía unido a ellos, no sabía porqué.

Durante esos meses recibía comida y líquidos, escuchaba música, alguien hablaba con él, podía sentir a través de una membrana que le acariciaban, diversas sensaciones le envolvían, todas ellas le llenaban de gozo.

Conforme fue creciendo —al inicio no medía más de cinco centímetros— tuvo que ir buscando la mejor manera de acomodarse, ahora de ya cincuenta centímetros el lugar le parecía sofocante,

necesitaba y deseaba más espacio, así que se acomodó cerca de donde venía la luz; su instinto le decía que si iba hacia ahí podría con seguridad salir. Se acomodó, empujó una vez, sus pies habían quedado hacia arriba, empujó de nuevo, ahora con más fuerza pues sus pies habían encontrado apoyo, lo que hacía que cada empujón llevara mayor vibración.

Cuando por fin avistó la luz, ahora más nítida, más brillante, sintió que algo o alguien le estaba ayudando desde afuera, pues de pronto estaba deslizándose como en una resbaladilla por un conducto sobre el cual ya no tenía control. Bajaba, bajaba, había algo de vértigo, comenzó a sentir frío, algo viscoso sobre él; alguien lo tomó y terminó la caída. Por fin vio la luz que en primera instancia lo cegó. Lo había logrado, estaba fuera del saco donde permaneció, ahora lo recordaba, ocho meses con tres semanas.

Su mente registró la confusión. Aquel lugar tenía demasiada luz sobre él, observó hasta donde podía, mientras alguien lo tomaba en vilo y le limpiaba los ojos, la boca, el cuerpo entero, sobre el que ahora ya no tenía ningún control; pataleaba, sentía que le faltaba aire, el líquido viscoso rojizo aún estaba sobre él, lo limpiaban y no terminaban de hacerlo, el frío era intenso.

Lo único que podía apreciar era confusión.

¿Qué había hecho? Quizá no debió haber salido de donde estaba, a fin de cuentas ahí todo le era concedido; si tenía ganas de comer miel, refresco o fruta, sólo bastaba desearlo y enseguida obtenía cualquiera de esos sabores; podía dormir cuanto quisiera y a la hora que fuera, lo llevaban de un lado a otro, las voces lo tranquilizaban —siempre pudo distinguir dos—, incluso en una ocasión pudo oír los planes que tenían para él: ansiaban tanto verlo, le

contagiaron esa ansiedad y por eso había decidido salir, pero ahora, ahí afuera, el frío y el temor lo atenazaban.

Volvió a sentir que lo levantaban, ahora podía ver que en aquella sala había más personas.

De pronto oyó que una de ellas preguntaba: “¿Está bien? ¿No tiene nada? ¿Qué es?”. En esa voz se adivinaba curiosidad, pero traslucía angustia. Y alguien contestó: “Está bien, y es una niña”.

El ente ahora sabía que era un ser humano.

La niña no supo porqué, pero sintió alegría cuando finalmente la acercaron a la parte alta de una mujer; no sabía exactamente qué pretendían al llevarla a ese cuerpo desnudo, pero la colocaron sobre una protuberancia de aquel ser y se confundió más. ¿Qué se supone que debía hacer? Nadie se lo explicó. Bocabajo como estaba, sólo atinaba a mover las piernas, se estaba sintiendo molesta, irritable, la posición era por demás incómoda.

De pronto la mujer bajó su rostro hacia ella y le sonrió; automáticamente se sintió tranquila, se concentró, su instinto le decía que algo tenía que hacer. Un olor dulzón comenzó a llegar hasta su pequeña nariz dándole una sensación en el vientre que hizo que su cerebro ordenara con gran rapidez y destreza lo que tenía que hacer: el olor venía de lo que parecían dos pequeñas cimas, abrió la boca y como un relámpago atrapó aquella protuberancia, luego succionó con avidez, saboreó y la calma la envolvió. Sus ojos tropezaron con los de aquella mujer, se vio en ellos como en el reflejo de un espejo: ahora podía ver que estaba desnuda, se veía un poco azul, era regordeta, sin cejas, no tenía pelo y sus manos se movían sin control alguno, pataleaba.

Sí, así se vio la primera vez que succionó aquel pezón de la que después llamaría madre. La mujer denotaba un gran cansancio pero

su cuerpo irradiaba una intensa luz y en su mirada había triunfo, felicidad. La niña entendía un mensaje claro, su madre se lo hacía llegar a través de ese alimento dulce y claro. La niña podía ver al mundo entero esperándola y comenzó a tranquilizarse.

La pequeña vio todo eso en segundos, al succionar la leche materna, vio eso y más, sintió la protección, el amor y sobre todo, a pesar del corto tiempo en que sucedió, sabía que con esa pequeña acción minutos después de haber salido de ese cuerpo, había quedado relacionada por siempre no sólo a su madre —no lo recordaría con el paso de los años—, sino que había quedado prendida a todo el linaje de sus ancestros que estaban presentes dándole la bienvenida.

Índice

- 7 De oficio escritora
- 11 Introducción
- 15 A mí no me daba miedo
- 19 Ahí la vicenteamos
- 21 14 de febrero
- 25 Con el puño en alto
- 29 Daño colateral
- 33 Desde ayer no quiero ir al escuela
- 37 10 de Mayo

- 41 El chamán
- 45 Él sólo quería su iPad
- 49 Fruto del amor
- 53 Juan Colorado
- 57 La Rancherita
- 61 Madre cultural
- 65 Niña Blanca
- 69 Poderosa y milagrosa
- 73 ¿Quién enseña a quién?
- 77 San Juditas
- 81 Ser maestro
- 85 Sueño final
- 89 Un ente de otro mundo



Distopia (historias de vida de una ciudad joven), de Susana Marquina Duque, se terminó de imprimir en agosto de 2022, en los talleres gráficos de Jano S. A. de C. V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C. P. 50223, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de quinientos ejemplares. Para su formación se usó la tipografía Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación, supervisión en imprenta y portada: Rogelio González Pérez. Cuidado de la edición: Grecia Yisel Millán Herrera y la autora. Editor responsable: Alejandro Pérez Sáez

Esta obra que tiene en sus manos, caro lector, es el intento honesto de la autora, Susana Marquina, de dar voz a quienes habitan complejas y, a veces, deshumanizadas megalópolis.

Son una veintena de historias de personas de carne y hueso que vieron en la autora un medio confiable para hacerse escuchar, para exponer realidades que por cotidianas van perdiendo interés, pero que descubren sensaciones, experiencias y realidades de las que no podemos sentirnos ajenos.

Con un bien cuidado uso de la técnica narrativa, Susana Marquina nos hace sentir parte de esas historias, compartir guiños, situaciones, sentimientos y hasta geografías de una ciudad que tiene en su gente la mayor riqueza.

En ninguno de los relatos que ofrece esta compilación hay desperdicio. Todos se pueden leer como si nos viéramos al espejo. Y es así porque la autora logra exponer el lado humano de los protagonistas.

J. RAYMUNDO GODÍNEZ DOMÍNGUEZ

